

Capítulo 11

DIOS ES SABIO.

Tú, Cristo que fuiste tentado en todas las cosas como lo somos nosotros, y sin embargo sin pecado, haznos fuertes para vencer el afán de ser sabios y ser llamados sabios por otros tan ignorantes como nosotros. Nos alejamos de nuestra propia sabiduría y también de nuestra necedad, y huimos hacia ti, que eres la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Amén.

En este breve estudio de la sabiduría divina comenzamos por la fe en Dios. Siguiendo nuestra pauta acostumbrada, no vamos a tratar de comprender para poder creer, sino de creer a fin de poder comprender. De aquí que no busquemos pruebas de que Dios es sabio. La mente incrédula no se convencería con ninguna prueba, y el corazón que adora no necesita de ellas.

“Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos”, clamó el profeta Daniel, “porque suyos son el poder y la sabiduría... Da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz.” El creyente responde a esto, y al coro angélico: “La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos.”

A este hombre nunca se le ocurre que Dios tenga que presentar pruebas de su sabiduría o de su poder. ¿Acaso no basta con que sea Dios? Cuando la teología cristiana declara que Dios es sabio, esto significa muchísimo más de lo que dice o puede decir, porque trata de hacer que una palabra comparativamente débil lleve en sí una incomprensible plenitud de significado que amenaza con destrozarla y aplastarla bajo el simple peso de la idea. “Su entendimiento es infinito”, dice el salmista. Aquí es ni más ni menos que la infinitud lo que la teología está luchando por expresar.

Puesto que la palabra infinito describe a lo que es único, no puede tener modificadores. No decimos “más único”, ni “muy infinito”. Ante la infinitud, permanecemos en silencio. En realidad existe una sabiduría creada secundaria, que Dios ha dado a sus criaturas, como su bien más alto lo exija; pero la sabiduría de cualquier criatura, o de todas las criaturas, cuando se compara con la sabiduría sin límites de Dios, queda ridículamente pequeña.

Por esa razón, el apóstol habla correctamente cuando se refiere a Dios como el “único y sabio Dios”. Es decir. Dios es sabio en sí mismo, y toda la brillante sabiduría de hombres y ángeles no es más que un reflejo de esa refulgencia increada que fluye desde el trono de la Majestad en los cielos.

*Con sabiduría el
Señor fundó la
tierra, con
entendimiento creó
los cielos. Con su
conocimiento se
abrieron las
fuentes profundas
de la tierra e hizo
que el rocío se
asiente bajo el
cielo nocturno.
Proverbios 3.19-20
(NTV)*

La idea de Dios como infinitamente sabio se halla en la raíz de toda verdad. Es un dato de fe necesario para la solidez de todas las demás creencias sobre Dios. Por supuesto, siendo lo que es sin necesidad de las criaturas, nuestras opiniones sobre Dios no le afectan, pero nuestra cordura moral exige que le atribuyamos al hacedor y sostenedor del universo una sabiduría totalmente perfecta. Negarse a hacer esto equivale a traicionar aquello mismo que está en nosotros y nos distingue de las bestias.

En las Santas Escrituras, la sabiduría, cuando se refiere a Dios y a los hombres buenos, siempre lleva en sí una fuerte connotación moral. Es concebida como pura, amorosa y buena. La sabiduría que es simple astucia se les atribuye con frecuencia a los hombres malvados, pero ese tipo de sabiduría es traicionero y falso. Estos dos tipos de sabiduría se hallan en un conflicto perpetuo entre ellos. En realidad, cuando se la contempla desde las alturas del Sinaí o del Calvario, se descubre que toda la historia del mundo no es más que una competencia entre la sabiduría de Dios y la astucia de Satanás y de los hombres caídos. El resultado final de la competencia no deja lugar a dudas.

Al final, lo imperfecto deberá caer ante lo perfecto. Dios ha advertido que él tomará a los sabios en sus propias artimañas, y reducirá a la nada la comprensión de los prudentes. Entre otras cosas, la sabiduría es la capacidad de planificar metas perfectas y llegar a esas metas por los medios más perfectos. Ve el final desde el principio, de manera que no haya necesidad de adivinar o conjeturar. La sabiduría lo ve todo dentro de foco, cada parte en su relación correcta con el todo, y así es capaz de trabajar por lograr las metas prefijadas con una precisión impecable.

Todo cuanto Dios hace es hecho en perfecta sabiduría, en primer lugar para su propia gloria, y en segundo lugar para el mayor bien del número mayor posible y por el tiempo más largo posible. Además, todos sus actos son tan puros como sabios, y tan buenos como sabios y puros. No sólo no se podrían realizar mejor sus actos; no se podría ni siquiera imaginar una manera mejor de realizarlos.

*¡Todo el cielo
alabará tus grandes
maravillas, Señor;
multitudes de
ángeles te alabarán
por tu fidelidad.
Pues, ¿quién se
compara con el
Señor en todo el
cielo? ¿Qué ángel
poderosísimo se
asemeja en algo al
Señor?
Salmo 89.5-6 (NTV)*

Un Dios infinitamente sabio deberá obrar de una manera que no permita mejora de parte de sus criaturas finitas. Señor, cuán numerosas son tus obras. En tu sabiduría las has hecho todas. La tierra está llena de tus riquezas. Sin la creación, la sabiduría de Dios habría permanecido encerrada para siempre en el abismo insondable de la naturaleza divina.

Dios trajo a sus criaturas a la existencia para disfrutar de ellas, y para que ellas se regocijen en Él. “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.” A lo largo de los siglos, muchos se han declarado incapaces de creer en la sabiduría básica de un mundo donde hay tanto que parece andar mal.

Voltaire, en su *Candide*, presenta a un optimista decidido, al que llama doctor Pangloss, y pone en boca de él todos los argumentos a favor de la filosofía del “mejor de todos los mundos posibles”. Por

supuesto, el cínico francés se deleitó mucho en poner al viejo profesor en situaciones que hicieran que su filosofía quedara en ridículo. En cambio, el concepto cristiano de la vida es totalmente más realista que el del doctor Pangloss, con su “razón suficiente”.

Es el concepto de que éste no es, por el momento, el mejor de todos los mundos posibles, sino un mundo que yace bajo la sombra de una gigantesca calamidad: la Caída del hombre. Los escritores inspirados insisten en que toda la creación gime hoy como con dolores de parto, bajo la poderosa sacudida de la Caída. No intentan proporcionar “razones suficientes”; afirman que la “creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza”. No hay aquí esfuerzo alguno por justificar los caminos de Dios con los hombres; sólo una sencilla declaración sobre los hechos. El ser de Dios constituye su propia defensa.

Con todo, hay esperanza para todas nuestras lágrimas. Cuando llegue la hora del triunfo de Cristo, el mundo que sufre entrará a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Para los hombres de la nueva creación, la edad de oro no es cosa del pasado, sino del futuro, y cuando comience, un universo maravillado verá que Dios ha abundado ciertamente hacia nosotros en toda sabiduría y prudencia. Mientras tanto, apoyamos nuestra esperanza en el único y sabio Dios, nuestro Salvador, y esperamos con paciencia el lento desarrollo de sus benignos propósitos.

A pesar de las lágrimas, el dolor y la muerte, creemos que el Dios que nos hizo a todos es infinitamente sabio y bueno. Así como Abraham no vaciló con incredulidad ante las promesas de Dios, sino que fue fuerte en la fe, dando la gloria a Dios, y estuvo plenamente persuadido de que cuanto Él había prometido, era capaz de realizarlo, así también nosotros basamos nuestra esperanza en Dios solamente, y esperamos contra toda esperanza, hasta que apunte el nuevo día. Descansamos en lo que Dios es. Creo que sólo esta fe es la verdadera.

*Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie.
Santiago 1:5*

Toda fe que necesite el apoyo de las evidencias de los sentidos no es una fe real. “Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”

El testimonio de la fe es que, como quiera que se vean las cosas en este mundo caído, todos los actos de Dios son realizados en perfecta sabiduría. La encarnación del Hijo Eterno fue una de las poderosas obras de Dios, y podemos estar seguros de que esta grandiosa obra fue realizada con una perfección sólo posible para el Infinito. “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne.”

La expiación fue realizada también con la misma habilidad impecable que marca todos los actos de Dios. Por poco que comprendamos todo esto, sabemos que la obra expiatoria de Cristo reconcilió perfectamente a Dios con el hombre, y les abrió el reino de los cielos a todos los creyentes. Nuestra

obligación no es explicar, sino proclamar. En realidad, me pregunto si Dios podría lograr que comprendiésemos todo lo que pasó allí en la cruz. Según el apóstol Pedro, ni siquiera los ángeles lo saben, por más ansiosamente que anhelan mirar dentro de estas cosas.

La operación del evangelio, el nuevo nacimiento, la venida del Espíritu divino a la naturaleza humana, la derrota definitiva del mal y el establecimiento final del reino justo de Cristo: todas estas cosas han brotado y siguen brotando de la infinita plenitud de la sabiduría divina. Los ojos más aguzados del observador más santo entre la bienaventurada compañía de las alturas no son capaces de descubrir un solo defecto en las formas en que Dios ha convertido todo esto en realidad, ni toda la sabiduría de los serafines y los querubines junta es capaz de sugerir de qué manera se pudiese mejorar el procedimiento divino.

“He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres.”

Es de vital importancia que sostengamos la verdad de la sabiduría divina como un principio doctrinal de nuestro credo; pero no basta. Por medio del ejercicio de la fe y de la oración, debemos llevarlo al mundo práctico de nuestra experiencia cotidiana. Creer activamente que nuestro Padre celestial extiende constantemente alrededor de nosotros circunstancias providenciales que obran para nuestro bien presente y para nuestro bienestar eterno es algo que trae al alma una verdadera bendición. La mayoría vamos por la vida orando un poco, planificando otro poco, compitiendo por posiciones, esperando, pero nunca totalmente seguros de nada, y siempre secretamente temerosos de extraviarnos. Esto es un trágico desperdicio de la verdad, y nunca le da descanso al corazón.

Hay un camino mejor. Es el de repudiar nuestra propia sabiduría para tomar a cambio la sabiduría infinita de Dios. Nuestra insistencia en el deseo de ver lo que hay por delante es bastante natural, pero es un verdadero obstáculo para nuestro progreso espiritual. Dios ha cargado sobre sí toda la responsabilidad por nuestra felicidad eterna, y está listo para tomar el control de nuestra vida en el mismo momento en que nos volvamos en fe hacia Él. He aquí su promesa: “Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé.”

*Deja que Él te lleve adelante con los ojos vendados;
el amor no necesita saber.
Los niños a quienes su Padre guía
no preguntan dónde van.
Aunque el sendero sea totalmente desconocido,
sobre pantanos y montañas solitarias.
Gerhard Tersteegen*

Dios nos exhorta constantemente a confiar en Él en medio de la oscuridad. “Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré

los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy Jehová, el Dios de Israel, que te pongo nombre.”

Es animador saber cuántas de las poderosas obras de Dios fueron hechas en secreto, lejos de la inquisitiva mirada de hombres y ángeles. Cuando Dios creó los cielos y la tierra, había oscuridad sobre la faz de los abismos. Cuando el Hijo Eterno se hizo carne, fue llevado por un tiempo en la oscuridad del vientre de una dulce virgen. Cuando murió por la vida del mundo, lo hizo en la oscuridad, sin que nadie viese el final.

Cuando resucitó de entre los muertos, era “muy de mañana”. Nadie lo vio resucitar. Es como si Dios estuviese diciendo: “Lo que yo soy es todo lo que te debe importar, porque es allí donde se apoyan tu esperanza y tu paz. Yo haré lo que dispongo hacer, y todo saldrá finalmente a la luz, pero cómo lo haga, es secreto mío. Confía en mí y no temas.”

Con la bondad de Dios deseando nuestro bienestar más elevado, la sabiduría de Dios para planearlo y el poder de Dios para lograrlo, ¿qué nos falta? Ciertamente, somos las más favorecidas de todas las criaturas.

*En todos los grandes planes de nuestro Hacedor,
la omnipotencia brilla junto a la sabiduría;
sus obras, a través de todo este maravilloso marco,
declaran la gloria de su nombre.*

Thomas Blacklock